

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

CONDICIONES LA ARTICULACION DE EUROPA

El igualitarismo suele ser el criterio más seguro para inferir que algo «no va en serio», no importa de verdad, es sólo fachada que encubre alguna otra realidad, que es la que importa. En el deporte, por ejemplo —una de las pocas cosas que toma en serio el hombre de nuestra época—, a nadie se le ocurre adoptar un criterio igualitario. No luchará un boxeador de peso pesado con un peso gallo, ni nadarán juntos hombres y mujeres, y los equipos de fútbol jugarán dentro de su división; y en el golf se reconocerá expresamente la desigualdad, que hará posible el juego y la competencia.

El igualitarismo se reserva para aquellas cosas cuyo funcionamiento real no interesa, como las Naciones Unidas, donde tanto da —un voto— Lesotho como el Brasil, Albania como los Estados Unidos, Haití como Francia, Barbados como la Argentina.

El igualitarismo sólo tiene sentido allí donde hay igualdad (o donde debe haberla). En aquellas dimensiones en que los hombres son iguales —como hijos de Dios, como sujetos de derecho, como mortales, como capaces de enfermar y sufrir, de proyectar libremente, de aspirar a ser felices.

Incluso las porciones del mundo relativamente homogéneas distan de la igualdad. Por eso, la unidad europea será imposible mientras no se reconozcan dos hechos fundamentales: 1) que las naciones europeas son naciones «de Europa», es decir, están «hechas de Europa»; 2) que, a pesar de ello, son profundamente diferentes. Ante todo, no son del mismo «orden de magnitud», y hay que precisar que lo que podemos llamar «magnitud histórica» es algo bastante complejo y multidimensional; los factores puramente cuantitativos —extensión, población, producción económica— han de completarse —y acaso compensarse— con los cualitativos y propiamente históricos. España, por ejemplo, queda por debajo de las principales naciones de Europa en población y riqueza; pero en modo alguno podría contársela entre las «pequeñas naciones»: lo impide su papel preterito en la historia, su irradiación actual sobre los países engendrados por ella, la universalidad de su lengua, su participación creadora en la cultura europea. Podrá ser una nación decaída o venida a menos, pero, se entiende, una de las grandes naciones. Que con fre-

cuencia se piense otra cosa no significa sino que se cometen errores, dañosos para el que es objeto de ellos pero más aún para el que los comete.

Por otra parte, las naciones europeas no son igualmente antiguas: hay diversas «promociones». La primera, España, Portugal, Inglaterra, Francia; la segunda, Holanda, Suecia, Prusia y en cierto modo —en la medida en que fue propiamente una nación— Austria; luego las demás, hasta las más jóvenes, de hace un siglo (Alemania e Italia) y ciertas zonas que no han alcanzado una plena nacionalización. Y no olvidemos Rusia, que no ha sido nunca una nación, sino otra cosa, pero «dentro» de la cual se ha constituido desde Pedro el Grande algo así como una nación europea, que desde entonces ha funcionado como una posibilidad contrapuesta a otra — que por el momento ha triunfado.

En tercer lugar, hay las naciones «intraeuropeas» o «meramente» europeas y, frente a ellas, las que podemos llamar «trascendentes»: aquellas que han consistido desde su constitución como naciones —y por tanto «esencialmente», en el sentido de lo que podríamos llamar «esencia histórica»— en trascender de Europa; son las más europeas de todas: España, Portugal, Inglaterra. No se imagina cuánto ha perturbado la visión de las cosas el que durante un siglo largo hayan valido como paradigma de Europa, Francia y Alemania, en lugar de las naciones atlánticas.

Como vemos, las naciones de Europa son bien distintas, y en varios sentidos que se entrecruzan. (Lo mismo que están compuestas de regiones diferentes, irreducibles, cada una con su personalidad y su posible función dentro de la nación.) Una extraña e inexplicable «cortesía» —en el fondo, pura y simple hipocresía— lleva a que no se reconozcan las superioridades o inferioridades, y lo que es más grave, lo que son «diferencias» (que no tienen por qué consistir en inferioridad o superioridad, o donde coexisten una y otra, que es lo más probable; lo mismo sucede con las regiones, cuyas diferencias pueden incluir a la vez

superioridades e inferioridades, lo que suele engendrar en muchos casos un «doble complejo» esterilizador).

La unión de Europa no será posible más que si se hace reconociendo su heterogeneidad, por tanto buscando su «articulación». Con otras palabras, el primer paso de la Unión Europea no puede ser su «fusión» o su mera asociación, sino su «constitución» —no en el sentido secundario de una ley o estatuto constitucional, sino de su «constitución real», es decir, el establecimiento operante de su estructura efectiva y, por tanto, la diversificación de las funciones nacionales.

Que esto no podrá hacerse sin sacrificios «mutuos» —y el primero el de la vanidad—, es claro; que habrá un período de fricciones, cruídos y chirridos, de desajustes y disensiones, es evidente; ¿acaso no ha habido todo eso, a escala menor, cuando se han creado las naciones modernas?

La primera condición para la Unión Europea sería, pues, el sentido de la veracidad; o, si se prefiere, la aceptación de la realidad. La segunda, la superación de la vanidad y el narcisismo, mediante el modesto orgullo de la propia realidad provincial. La tercera, el entusiasmo creador, el tirón de una gran empresa atractiva, la conciencia de que «vale la pena». Si esto falta, la unidad de Europa se quedará en lo que es desde hace por lo menos dos siglos y medio, quizá más de tres: una sociedad tenue, un sistema común de vigencias relativamente débiles, incapaces de superar e integrar las más fuertes, las nacionales.

Mejor dicho, no se quedará en eso, porque esa misma unidad precaria y deficiente se debilitará, se disociará, sobrevendrán los reinos de taifas, dominados por una potencia exterior y frontera o, en el mejor de los casos, por un sistema de intereses internos, que se servirán de Europa en vez de estar a su servicio.

Pero es menester una tercera condición, la que más falta hoy: la imaginación, la capacidad de inventar, de descubrir las verdaderas estructuras de Europa, sus conexiones exteriores, la pluralidad de empresas parciales cuyo sistema viviente sería la gran empresa continental.

Julián MARIAS

ESOPOS DE LAS CIENCIAS EL CURIOSO MUNDO DE LOS ANIMALES

La situación resulta notoriamente paradójica. Por una parte, la mayoría de la gente de nuestro tiempo —las multitudes urbanas, para ser exacto— apenas tienen ya ocasión de ver un animal vivo, como no sea alguna eventual bestia de entretenimiento doméstico, gato o canario, perro o cucaracha, mosca o pez de pecera. La evolución del «hábitat» humano ha sido descartado cada vez más el contacto regular con la zoología tradicionalmente próxima, y los niños de hoy, y no pocos adultos, no tienen la experiencia directa de una vaca o de un asno, de una gallina, de un puerco. La única oportunidad que les queda es el zoo. Y el zoo nos remite a la otra cara del asunto. Porque también es verdad que, nunca como ahora, la gente —incluyendo los reductos rurales, en este caso— pudo «conocer» de algún modo tantos animales ni con tanto detalle. Nuestros abuelos agropecuarios se limitaban a la fauna de su alrededor, y pasada una cierta frontera, el resto se les convertía en mera ilusión mítica: el león o el puma —en estas latitudes— adquirían una entidad parecida a la del unicornio o a la de cualquier otro espécimen fabuloso. Gracias a los parques y a las aulas, a los cromos y a la televisión, a las diapositivas y los fascículos ilustrados, nos hemos familiarizado con los bichos más exóticos, más diminutos o más raros. El safari pedagógico alcanza éxitos increíbles. Hablo en general.

Se trata de un cambio profundo, desde luego, que, por necesidad, producirá graves alteraciones en los conceptos y en las rutinas de la ciudadanía. La relación hombre-naturaleza, multiseccularmente estable, deja de ser inmediata en muchos niveles: en la medida en que la «tierra» es sustituida por el «asfalto» —si vale la metáfora—, las premisas de la «intimidad» ancestral desaparecen, y algo nuevo, un repertorio nuevo de nociones, se implanta en nuestra actitud frente al mundo. Pensemos que, cuando un poeta actual escribe palabras como «rosa», «colibrí», «agua», «cebolla», «brisa» —en la hipótesis de que se atreva a tanto— no lo hace como

su colega de antaño, Virgilio, Petrarca, Garcilaso, Goethe, Verdaguer, y ni siquiera como los embufandados y anémicos Mallarmé o Rilke. Las circunstancias han pervertido el léxico, y los críticos y los historiadores de la literatura tendrán que retener el matiz, para no meter la pata en el delicadísimo instante de improvisar interpretaciones... Y, al mismo tiempo, esa distanciamiento o ese vacío se cubre y rebasa a fuerza de docencia, de casa de fieras, de películas para chicos. Es difícil aclarar dónde acaban las postulaciones escolares y dónde empieza Walt Disney, o viceversa. En una tal perspectiva, los animales se han convertido en «imágenes», y sólo son imágenes. Y sus nombres, una apariencia de nombres.

Me resisto a creer que todo admita ser explicado por un efusivo rasgo de azar. Nada compensa nada, y el saldo no parece ser —depende del punto de vista, claro— muy satisfactorio. Aquí, sólo pretendo subrayar una derivación del episodio, digna de algunas suspicacias. No nos hallamos, en efecto, ante un entusiasmo indiscriminado por la llamada Historia Natural. Al contrario: cabe sospechar que hay, en ello, una capciosa preferencia por el ramo de los animales. No digo que a las criaturas no les encanten los secretos del Reino Mineral o del Reino Vegetal, y las instituciones y las editoriales cuidan de que su curiosidad venga atendida con las debidas informaciones. Pero ni el mineral más sugestivo ni el vegetal más pintoresco pueden fascinar tanto como una simple musaraña. Es lógico. Sin que nadie llegue a formularse con la nitidez deseable, influye el hecho de que la humanidad pertenece al área de la zoología. Por muy «inferior» que una bestezuela esté colocada en la escala de las especies, siempre ofrece semejanzas con el hombre: unas más o menos aceptables semejanzas, que ni la roca ni los árboles ofrecen. Pero inciden otros factores. Y ya no son tan objetivos. Surgen de la propia reflexión humana: del reconcomio y de la astucia del hombre. Dicho rápidamente: el hombre se «ve» en los animales, gusta de «verse» en ellos.

El término adecuado sería «antropomorfismo». O sea: dar forma humana a lo que no es humano. Por ahí, las tentativas poéticas nunca tuvieron freno, y un árbol, un manantial, un risco, se «humanizaban» en el trámite de una alegoría, cuando la fantasía era suficiente. Sin embargo, los animales se prestaban mejor a la manobra. Las peripecias de la reproducción, del combate, de la comida, en muchísimos casos, en casi todos, son, entre los animales, tremendamente «paralelas» a las de la humanidad.

Un sapo, la ballena, el ciervo o la mariposa, el halcón, los lagartos, el hipopótamo, la araña o la cebra, el tigre, la ardilla, las angulas, se «parecen» al hombre, si el hombre pone un ligero empeño en advertir el parecido. Ese fue el punto de partida de Esopo, y todavía en el Kafka de «La metamorfosis» subsiste un rastro —ya sofisticado— de la venerable tradición. En ella se insertan Swift y La Fontaine, y las historietas de «Caperucita Roja», el «Gato con Botas», los dibujos animados, y «Alicia en el país de las maravillas», y... Orwell, por ejemplo. Sospecho que, a través de la afición didáctica a los irracionales, fluye un propósito perfectamente racional de sacar o meter «lecciones» preconcebidas. La cigarra y la hormiga, sin ir más lejos, y todas las demás recetas socio-morales a base de zorras, urracas, patitos feos, ranas hinchables y liebres discutidoras. La transposición literaria clásica, de lo «humano» a lo «animal», sigue en vigor.

Puede que, al fin y al cabo, no hayamos reficificado el enfoque tanto como suponíamos. Sólo que, ahora, todos los animales son unicornios: o sea, ficciones cinematográficas, por expresarlo en la terminología del día. Nuestros antepasados que sabían de ganados y gallinos, de pjaras y vencejos, remitían la dramatización ejemplar a anécdotas tiernamente cercanas, con pollos o corderos como protagonistas, o, sobre todo, a alimañas amenazadoras, pertenecientes a la casualidad cósmica, como el lobo, el águila o el dragón. Hoy, hasta el coleóptero menos insignificante sirve para adocotrar a la juventud, en el orden sexual, en el jerárquico,

en el de la agresión. Las cámaras de Walt Disney y de tantos más documentalistas del celuloide han contribuido gloriosamente a emponzoñar la confusión. De hecho, lo que las pantallas instructivas muestran no es el comportamiento de los animales «tal cual» o «en sí», sino su apariencia de réplica del comportamiento humano. Por ese resquicio se filtra una torva cantidad de doctrina especiosa, que pone los pelos de punta. Toda una conspicua corriente científica —con premios Nobel y todo— colabora a enturbiar los planteamientos. Konrad Lorenz y sus allegados, ingenuamente, constatan datos, cuando contemplan las idas y venidas de sus ocas o sus gáznápircs de cualquier orden. Pero sus conclusiones...

Continúa la «fábula». Y, desde los medios de difusión, se fomenta la idea de que nada es tan obvio como la «fábula» que ellos fabrican. Observen ustedes la abundancia de animales «inteligentes» que los telefilmes brindan a sus niños y a ustedes mismos. Potros heroicos, aquel león bizzo tan dócilmente comediante, delfines de jovial capacidad mimética, cachorros de «pedigree» diverso pero igualmente aptos para jugar su papel: el Bien y el Mal, que no forman parte de la «biología», son inculcados a la especie humana mediante los tiernos tebeos inspirados en las bestias. No importa si dichas bestias son salvajes o domesticadas: lo que indiscutiblemente está «domesticado» es el montaje de la película. Y «domesticador» es el libro de tantísimos divulgadores de Herr Lorenz como ya nos vienen encima: el paquete de «metafísica» —propiedad, autoridad, agresión, etc.— que se nos quiere pasar en el alijo «biológico» es sobrecogedor. Flota en el aire un neo-pseudo-materialismo —insisto en el voqueble— biologista. Que intenta identificar al hombre con el pariente animal. La trampa es pura insidia. Lo que el hombre tiene de «animal» es una cosa, y otra, muy distinta, lo que tiene de «hombre». Y no digo de «ángel» porque estoy en los antipodas de Pascal... Conviene desconfiar de los esopos de las Ciencias...

Joan FUSTER

ARAGON 266 Tel. 216 01 65 BARCELONA-7 **aisa** ¿Conoce Ud nuestra rentabilidad con garantía bancaria de su capital? D. _____ DOMICILIO _____ CIUDAD _____ SOLICITE INFORMACION SIN COMPROMISO

¿ESTA UD. SEGURO DE SU SALUD?
Las enfermedades tienen normalmente su comienzo de un modo silencioso, y a veces transcurren varios años antes de que el enfermo empiece a notar los primeros síntomas. Es, precisamente, en el transcurso de ese tiempo, cuando hay que buscar la enfermedad oculta tratarla y evitar así su aparición.
Este es el objetivo del «Chequeo», que a través de un equipo de especialistas, practica el INSTITUTO DE RECONOCIMIENTO MEDICO, con los adelantos más modernos de exploración y análisis.
EL INSTITUTO DE RECONOCIMIENTO MEDICO pone a su disposición, tres posibilidades de Chequeo, según sus preferencias: El Chequeo Interclínico, internado en una modernísima clínica barcelonesa, el CHEQUEO COMPLETO, en las completísimas instalaciones del Instituto, y el CHEQUEO PARCIAL. Asegure su salud para mañana.
INSTITUTO ESPAÑOL DE RECONOCIMIENTO MEDICO
Avda. Generalísimo Franco, 598, 2.º, 2.ª - BARCELONA-11
(Plaza Calvo Sotelo) - Teléfs. 217.94.76 y 217.96.32

NOMINAS POR DECALCO
sistema **TEJA**®
Mensuales, Semanales, Anticipos,
SOLICITEN UNA DEMOSTRACION
P.º S. Juan, 77, T.257 23 05 - Barcelona-9

La cara «luminosa» del Carmelo!
VISTA PARK (Junto Parque Güell)
OFICINA DE VENTA EN LA PROPIA OBRA
Final calle Alberto Llanas - Tel. 213 31 51
Es una promoción **FUSA** Rosellón, 446 - Tel. 255 02 07